

EPITALAMIO

A S. M. EL REY

**Leído por su autor en el Ateneo de Madrid
la noche del 28 de Abril de 1906.**

Señor, todos los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
contaban de las bodas de un rey adolescente,
noble como una espada, como un abril riente,
con la bella princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana

Y estampas luminosas, mostraban, ya a los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya, en una perspectiva de ensueño, a los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:
infantas de pureza lilial y ojos azules,
cubiertas de brocados, de joyas y de tules;

abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz... ¡como en la vida!),
señores y embajadas, radiantes de oro y plata,
morados arzobispos y nuncios escarlata.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: «y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la princesa rubia y el rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años.»

II

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía,
en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía;
Rey de esta Madre-Patria, que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos oscuros, con amor;
descendiente de claros monarcas, oh Señor,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la Raza. Sois Rey
aún, en cierto modo, de América, como antes:
Rey, mientras el idioma divino de Cervantes
melifluye los labios y cante en las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras ¡ija las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras una boca, con celeste reclamo,
suspire en nuestra lengua sin par un «¡yo te amo!»
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote

ya el llanto, ya la risa, leyendo a *Don Quijote*;
Rey, mientras que no olviden al palpar las olas
el ritmo que mecía las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta!

III

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano,
que siempre se gloria de hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada;
de México, sirena que en dos mares se baña
y a quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»,
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:
¡la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

IV

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
celebráis vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
noble como una espada, como un abril riente,
con la bella princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.
¡Qué desear ahora para vuestro contento

sino que todo acabe también como en un cuento,
y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos:

«Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños
trayendo cada uno magnífico presente
y la princesa rubia y el rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años!»

AMADO NERVO.

